

La metafísica política del señor Alli

(*Diario de Navarra*, 10. 03. 1988)

Tal como funciona el mercado político en que ha degenerado la idea de democracia, los partidos son empresas que compiten entre sí a la hora de ofrecer su particular mercancía. Las elecciones dirán después sí, y en qué cuantía, hay demanda ciudadana para tal oferta. El señor Alli, que ya montó su chiringuito hace unos pocos años con sorprendentes beneficios, parece resuelto esta última temporada a ampliar su empresa. No es que su capital vaya más allá de su propia persona, pero el consejo de administración ha dado en suponer que una nueva inversión en ideología -léase, en tecnología doctrinal- permitirá a su partido ensanchar su cuota de mercado y obtener mayores réditos políticos. Pues bien, mucho me temo que lo que nació de la nada política sigue sumido en esa nada y ofreciendo a sus clientes-electores nada más que la nada.

Ya me dirán, si no, cuál es la sustancia de esa novedoso producto que nuestro hombre denomina con penosa cacofonía *navarridad*. Ya me contarán cuántos son los navarros que pierden el sueño (o deban perderlo) dilucidando la sutil diferencia entre *navarridad* y *navarrismo*, aproximadamente la que media entre el sexo de los ángeles y el culo de las tóporas. Pues o bien se compara lo incomparable, a saber, una propiedad abstracta de correlato dudoso (la navarridad) con un mero término clasificatorio que designa una corriente política ignorada fuera de nuestras mugas (el navarrismo); o bien un concepto resulta el fundamento del otro, y quien sea capaz de distinguir la navarridad y atribuirle alguna virtualidad política está metido de hoz y coz en otra especie del género local navarrismo.

Hete aquí, pues, que se nos imparten (¡una vez más!) lecciones teóricas de navarrerías, como si se tratase de las categorías más elementales y rigurosas de nuestra formación cívica. No seré yo quien niegue la utilidad política de las ideas. La cuestión es si éste de *navarridad* menciona algo real con validez para organizar nuestra vida colectiva o tan sólo un fantasma que habita en la cabeza del señor Alli para uso, consumo y total perdición de los seguidores del señor Alli. Pues ya me explicarán qué necesidades ciudadanas viene la *navarridad* a satisfacer. Digo necesidades reales, porque tan peculiar mercancía tiene en vistas, eso sí, cierta necesidad ficticia y propia de ciudadanos inmaduros que ella misma se encarga de azuzar y promover. Me refiero a esa inmoderada sed de

esencias, de las que este territorio está bien poblado y que origina un tráfico tan denso como peligroso.

A una doctrina que proclama la existencia de una “nación navarra” y defiende sus infungibles derechos políticos le conviene el nombre de nacionalismo. Y, en punto a nacionalismos, se diría que en esta tierra de nuestros pecados no hay dos sin tres. Al nacionalismo español se le enfrenta un nacionalismo vasco y a éste le sigue al fin un nacionalismo navarro. O, para expresarlo al modo hegeliano, el nacionalismo navarro del señor Alli se presenta como la síntesis que niega al tiempo que supera la oposición entre el nacionalismo español y el nacionalismo vasco. Las cosas son más complejas todavía, replicaría ufano su promotor: frente al nacionalismo navarro que encubre vergonzantemente al español y al nacionalismo vasco que tiende a devorar al navarro, el señor Alli vendría a propugnar el nacionalismo navarro de primera calidad. ¿Y cuándo habremos de reparar en que lo malo de los nacionalismos español, vasco o navarro no es lo que tengan de español, navarro o vasco, sino lo que tienen de nacionalismo?

Gracias a Dios y a Ernest Renan, el nacionalismo navarro del señor Alli rechaza a las claras el torpe fundamentalismo de otros como el vasco. Navarra es una nación, se nos dice, pero no porque forme un solo grupo étnico o cultural que fije naturalmente su destino político. Navarra es una nación por haber sabido cultivar una identidad (la *navarritad*), no excluyente de otras identidades y plural en su cultura, forjada por la conciencia y voluntad de sus pobladores a lo largo del pasado y del presente... Así será, si a él le place, pero de ahí no se sigue que esa hipotética nación histórica -tan modesta ella- constituya sin más o haya de constituir hoy un “cuerpo político” dotado de soberanía. Eso no prueba que Navarra goce de “unos derechos originarios e inalienables al autogobierno”, como tampoco la *sangüesinidad* probaría que de tal rasgo se deriven efectos políticos especiales para los vecinos de mi pueblo. Probaría tan sólo la presencia de otra metafísica política, que ya no predica el mito de la pureza de la Raza o la Etnia, pero sí el no menos sobado mito de los orígenes y la conversión de la historia (reinventada, no hace falta decirlo) en Sujeto todopoderoso. Y por aquí se cuelan unas cuantas confusiones que toca denunciar.

Primera: no es Navarra, sino los navarros, los que tienen derechos, porque los titulares de derechos son sujetos individuales y no colectivos. ¿O no habíamos quedado en que sólo el plebiscito cotidiano de sus habitantes a un tiempo crea y mantiene la nación? Segunda: ni Navarra ni los navarros contamos con “derechos originarios”, a menos que los confines del Paraíso original coincidieran exactamente con nuestras fronteras y sus dos

primeros moradores fueran navarros de pura cepa y se reconocieran entre sí derechos..., una conjetura que se antoja excesiva. Y es que los derechos humanos (del hombre y del ciudadano) no son naturales, sino que se convienen o se conquistan en circunstancias y ante necesidades históricas. Y si, según constata Alli, “cualquier identidad nacional es producto de la historia”, ¿cómo explicar que los invocados derechos de Navarra, los nada democráticos derechos del Viejo Reyno, sean a la vez “originarios” e “históricos”?

Y tercera: la expresión “derechos históricos”, que es redundante (porque todos los derechos lo son), sólo quiere decir que los derechos *aparecen* y *desaparecen* o *se transforman* en la historia, pero en modo alguno que la Historia por sí sola *engendre* derechos y de forma tan inapelable como el manzano da manzanas. Los derechos de los antepasados valen para los antepasados y no por fuerza para sus descendientes, del mismo modo que los individuos vivos no han de someterse por principio a los designios de los muertos. Los presuntos derechos históricos de la provincia de Burgos y la Comunidad de Castilla-León sobre el Condado de Treviño, por ejemplo, han de ceder ante los derechos individuales de los vecinos del Condado. Nuestros derechos se recogen hoy en la Constitución de 1978. Y si ésta “ampara y respeta” los derechos históricos, es para actualizarlos como derechos, y no para conservarlos en lo que tienen de concesiones o privilegios; y ello, además, cuando y en la medida en que los ciudadanos presentes decidan hacerlos suyos, no porque la Historia se los imponga a su pesar. La lectura contraria, que es la nacionalista, introduce un arcaísmo jurídico y una contradicción frontal con la razón democrática. Así lo creo, diga lo que diga Herrero de Miñón o su porquero.

De suerte que los navarros, no faltaba más, debemos aspirar para nuestra Comunidad Autónoma a las cotas de autogobierno compatible con el gobierno democrático de la nación política de la que forma parte. Pero, si así lo demandamos, será desde nuestra voluntad razonada y mayoritaria, y no en virtud de un imposible mandato histórico ni de un misterioso derecho emanado del ser navarro en común. Al fin y al cabo, es la condición de *ciudadanía*, no la de *navarritud*, la que nos convierte en sujetos políticos. Y unos sujetos políticos, por cierto, preocupados con problemas más serios y acuciantes que esos con los que la ambición del señor Alli desea entretenernos.

Y, por cierto, como el mismo Renan había anticipado, pronto seremos ciudadanos de un cuerpo político más extenso: “Las naciones no son algo eterno. Han tenido un principio y tendrán un final. Probablemente, la confederación europea las reemplazará”.

Pero con ser todo esto importante, no es lo que políticamente *más* nos debe importar. Mientras los nacionalistas, sólo tienen ojos para el marco (Navarra, Euskadi, España, Europa), a los demás nos preocupa ante todo el cuadro: cómo queremos la justa distribución de la riqueza y del poder en la comunidad política que formemos. De esto el señor Alli no dice una palabra. Así que uno se pregunta si la legítima ambición del político concuerda con la necesidad que tiene el ciudadano de sus servicios o si, más bien, son los ciudadanos los que han de ponerse al servicio de su personal ambición.

- Se diría que, para hacerse grande el señor Alli, tiene que empequeñecer a sus conciudadanos. - Metafísica política, política recreativa para

- Más allá de la *navarritad* está la *humanidad* .

- Cuando estamos en el riesgo de globalización, aquí nos ocupamos de las cosas de mi patio. Cuando las empresas se unen para poder competir, aquí los Estados pretenden disgregar los Estados para así someterse mejor a las empresas y al Mercado Mundial.

- Pero pierda cuidado el Sr. Garaicoechea, que no parece que el combate de la inteligencia lo libre o lo vaya a librar algún día nuestra Universidad. Lo que nació expresamente al servicio de las empresas navarras, tenía que crecer para el desarrollo de las empresas navarras, y no de las personas navarras.

- Vamos a renunciar de una vez a las falsas canciones de la U. como conciencia de la sociedad, impulsora de su pensamiento, crítica y demás tonterías. ¿Qué título para engendrar pensamiento que ilumine a su sociedad tiene la asignatura de... y la carrera entera de ... o de...? ¿Alma mater?, ¿faro intelectual? Sólo si el alma de la sociedad es la técnica (que no la teoría pura ni la teoría de la praxis), puede decirse que la UPNA es nuestra alma mater.

- Esto es lo que los universitarios dan de sí, el resultado del ejercicio de la autonomía universitaria. Parece mentira que esto pueda hacerse sin sobresalto ni voces discordantes, pero a esta sociedad no le conmueve nada. Se conforma con tener a sus hijos bien cerca de casa, para su mayor ahorro y su mejor vigilancia. Periódicamente se escuchará alguna fingida voz lastimera que lamentará la ausencia de Humanidades. Eso estaría bien si quisiéramos ser humanos. Pero unos sólo quieren ser navarros y los otros sólo quieren ver mercados.